

Tal fué el término lamentable y triste (585), que tuvieron las disidencias religiosas entre el monarca y el príncipe godo, después de cerca de seis años de alteraciones y de disturbios. La desgraciada princesa Ingunda, que se hallaba en poder de los imperiales, murió en Africa cuando era llevada á Constantinopla con el hijo que de Hermenegildo había tenido. El huérfano príncipe llegó á su destino, y se educó y creció al lado del emperador griego Mauricio, hasta que su abuela Brunegilda solicitó vivamente su rescate y libertad.

En este intermedio Leovigildo había hecho celebrar en Toledo un concilio en que aparentando querer concertar á los católicos con los arrianos se presentó una fórmula capciosa de bautizar que envolvía disimuladamente la misma herejía arriana. Algunos obispos católicos tuvieron la debilidad de suscribir, con lo que menguó por entonces el partido de Hermenegildo. Mas esto no impidió al exaltado é intolerante monarca, que se había hecho mucho mas iracundo con las contrariedades que su hijo y los católicos del reino le suscitaban, para que comenzara un sistema de cruda persecucion contra los prelados y sacerdotes ortodoxos, ya desterrando á los mas ilustres y virtuosos de entre ellos, entre los cuales lo fué á Barcelona el mismo Juan de Vielara, autor de la crónica, ya confiscándoles los bienes, ya llenando las cárceles de católicos, ya empleando los tormentos y los suplicios, y vióse en el siglo VI de la Iglesia reproducir la herejía en España escenas semejantes á las que en el III y IV había ofrecido el paganismo. Fué el último desahogo de la herejía, sostenida por el trono y proscrita por el pueblo.

Por este tiempo acabó de desaparecer el reino de los suevos. El activo Leovigildo supo aprovechar la revolucion que entre aquellas gentes estalló con motivo de la muerte de Miro. Habiale sucedido su hijo Eborico, jóven de corta edad. Levantóse contra él un poderoso suevo llamado Andeca y le arrebató el cetro. Habiale hecho cortar el cabello, ceremonia con que los hombres de la raza germánica inhabilitaban á los príncipes para reinar, y recluídole en un monasterio; casóse en seguida con su viuda para mas asegurarse en el trono. Halló en esto Leovigildo especiosa ocasion y pretexto para acabar de aniquilar el imperio de los suevos, y pasando con su ejército á Galicia su color de castigar al usurpador Andeca, llevándolo todo á fuego y sangre, apoderóse fácilmente de Braga, residencia de Andeca, y usando con el intruso la propia conducta que él había tenido con Eborico, cortóle tambien el cabello, hízole ordenar de sacerdote, y le envió desterrado á Beja. Así acabó la monarquía de los suevos, quedando desde entonces sujeta al dominio de los godos á los ciento setenta y seis años de la primera invasion. La nacion sueva quedó, pues, refundida en la monarquía visigoda.

Pero aun no han acabado las guerras para Leovigildo, cuya larga vida habia de ser una cadena no interrumpida de graves acontecimientos, cada uno de los cuales habia de valerle un triunfo. Los francos, siempre en acecho y siempre codiciosos de la Galia gótica, enemigos y rivales perpetuos de los godos, irritados además con la muerte de Hermenegildo su correligionario, pariente y aliado, resuelven despojar á los visigodos de sus bellas posesiones de la Galia. Gontran (*Gonth-hram*, fuerte en la batalla) de acuerdo con Childeberto (*Hilde-berht*, pasmoso en el combate), es el que toma á su cargo esta expedicion, y la toma con ardor y coraje. «¿No es vergonzoso, les decia á sus tropas, que los abominables godos extiendan los límites de su imperio hasta las Galias (1)?» Y con todo el ejército de su reino dividido en dos cuerpos invade por ambos extremos la Septimania, llegando por la una parte á Nimes, por la otra á Carcasona. Esta última ciudad les abre las puertas, pero la brutalidad de los soldados francos subleva á los habitantes, que los arrojan denodadamente de su recinto, y colocan la cabeza del conde Terenciolo, jefe de los francos, clavada en una pica sobre la muralla.

Entre tanto Leovigildo había dado orden á su hijo Recaredo para que pasase á las Galias á contener á los francos, que por la parte de Nimes habían hecho horribles destrozos: conducíanse como vándalos; la relacion de sus atrocidades hecha

(1) Greg. Turon. lib. VIII, c. 30.

por los mismos escritores de su nacion hace estremecer. A la noticia de la aproximacion de Recaredo levantan el sitio de Nimes y se pronuncian en retirada; pero asolado antes por ellos mismos el país que tenían que atravesar, los mas perecen de hambre y de miseria. Recaredo, aventados los enemigos á su sola presencia, avanzó al territorio de los francos, penetra en él y toma varias fortalezas; Gontran desahoga su cólera reconviendo á presencia de cuatro obispos á los generales vencidos, y atribuyendo los últimos desastres á su poca devocion por el culto de los santos. En esto llega el invierno y Recaredo repasa los Pirineos y se vuelve á España dejando aseguradas de toda agresion las posesiones hispanogodas.

Leovigildo estaba siendo no menos afortunado por mar que por tierra. Mientras Recaredo se internaba victorioso en el país de los francos, una flota enviada por el rey Gontran habia abordado á las costas de Galicia, con objeto de promover una insurreccion en los suevos. Avisado Leovigildo oportunamente, prepara su armada, y los buques españoles destrozan los de los francos, pudiéndose salvar solo dos ó tres para llevar á Gontran la nueva de la catástrofe (2).

Habia negociado Leovigildo la boda de su hijo Recaredo con Ringunda, hija de Chilperico, que reinaba en Paris, especie de Neron de los francos, y de la famosa Fredegunda. Vencidos ya algunos obstáculos, Leovigildo trató de traer á Ringunda á Toledo, y Chilperico hizo los convenientes preparativos para el viaje de su hija. Los conquistadores de la vieja Galia fundaban los dotes de sus hijas sobre los tributos que imponian á las propiedades y á las personas de sus súbditos, y Chilperico arrancó de sus casas á cuatro mil habitantes de Paris para que acompañasen en calidad de esclavos á la futura esposa de Recaredo: con esto y con cincuenta carros cargados de riquezas por el mismo medio arrancadas, púsose en camino el lujoso cortejo de la jóven princesa. A poca distancia de Paris la brillante comitiva se ve asaltada por un cuerpo de caballería de otros francos: eran enviados por el rey Childeberto, tío de la novia, con encargo de protestar contra su matrimonio, y requerirla que se volviese á Paris. Median algunas explicaciones entre unos y otros, y la permiten al fin continuar su jornada, no sin llevarse cien caballos con frenos y caparzones de oro. Todos fueron azares en esta expedicion nupcial. Grupos de paisanos armados de la Galia Meridional se oponian á su marcha. Llega al fin Ringunda á Tolosa: invade la ciudad el conde Desiderio, hijo natural de Clotario, y se apodera de todas las riquezas y de la persona misma de Ringunda: al propio tiempo llega la noticia de la muerte de su padre Chilperico: todo el mundo abandona á la prometida de Recaredo; su madre Fredegunda envia por ella; vuélvese Ringunda sola á Paris; Recaredo por su parte indispuerto con los francos renuncia á su mano, y queda deshecho este matrimonio. Recaredo casó después con la hija de uno de los principales godos de la Península llamada Bada.

Leovigildo, achacoso y anciano, fatigado ya tambien de tan larga lucha, queriendo dejar asegurada la paz del reino, entabló negociaciones de alianza con Gontran, rey de los francos. Mas todas sus gestiones se estrellaron en el carácter duro é inflexible de este monarca y en su inextinguible odio contra los godos. Irritado Leovigildo con tan obstinada repulsa, envia de nuevo á Recaredo á la Septimania. Pronto tuvo que volver el hijo á recoger los últimos suspiros del padre, cuyos achaques se habian agravado. Cuestionábase si Leovigildo algunos dias antes de morir se convirtió á la fe católica, movido por las persuasiones de Leandro, metropolitano de Sevilla. Discrepan en esto los mismos cronistas, y es asunto sobre el que no pueden formarse sino conjeturas. Murió en Toledo á fines del año 586. Cuando llegó Recaredo á aquella ciudad le halló ya difunto.

Fué Leovigildo uno de los monarcas mas grandes que tuvo

(2) *Naves que de Gallis in Galliciam abierant ex jussu Leovigildi regis vastatae sunt, res ablatae, homines caesi, nonnulli captivi.... ex quibus pauci quodammodo scaphis erepti, patrie que acta fuerunt nuntiaverunt.* Greg. lib. VIII, c. 35.

el imperio godo. Guerrero de gran corazon, y astuto político, así supo vencer y sosegar todas las alteraciones intestinas, como refrenar y tener en respeto á los imperiales, restablecer la disciplina de su ejército, aniquilar la monarquía de los suevos y unirla á su corona, escarmentar á los francos y conquistarles plazas, y redondear y aun extender el imperio godo. Era diestro en el soborno, y mañoso en sembrar la discordia entre los enemigos. En la paz no desplegó menos actividad y energía que en la guerra. Como administrador asentó un sistema completo de hacienda: como legislador, modificó muchas de las disposiciones del código de Alarico, y le añadió leyes nuevas. Leovigildo creó instituciones que han durado hasta nuestros dias: fué el primero que estableció el fisco real; el primero que adoptó las insignias que aun distinguen á los reyes de España, el trono, el manto, el cetro y la corona: el primero que se presentó en una asamblea pública revestido con estos atributos, y que sentado en un magnífico solio en su palacio de Toledo recibia en audiencia los grandes, los obispos y el pueblo. Hasta aquí las voces de trono, de cetro y de corona solo han podido usarse en sentido figurado; desde ahora ya son los verdaderos emblemas del poder real. Mas Leovigildo por otra parte era avaro, cruel, fanático por el arrianismo, y hemos visto hasta qué punto llevó su severidad con su hijo Hermenegildo.

Pero una revolucion va á efectuarse en el imperio gótico. En todos tiempos, y aun mas en aquellos en que el principio religioso es el elemento que principalmente influye en la política de los reyes y en la suerte de los pueblos, y en que las cuestiones de religion preocupan todos los ánimos y son las que producen las guerras y alteraciones, el acontecimiento mas grande que puede sobrevenir es un cambio de creencias en los que rigen y gobiernan el Estado. El que se preparaba en el reino hispano-gótico habia de influir en la condicion del pueblo español por largas generaciones y siglos, acaso hasta la consumacion de ellos.

Muerto Leovigildo, fué reconocido, mas bien que nombrado rey de los godos su hijo Recaredo (*Reke*, venganza, *Rede*, palabra), que gozaba ya de gran reputacion por su comportamiento en las campañas de la Septimania, volviendo así á restablecerse la sucesion dinástica como en tiempo de Teodoro. La educacion de Recaredo habia sido, como la de su hermano Hermenegildo, propia para disponer su espíritu al conocimiento de la verdadera fe: las predicaciones del prelado mas ilustre y mas influyente de la Iglesia española, Leandro de Sevilla su tío, el sostenedor infatigable de la lucha de su hermano, el que habia convertido á este y defendido su causa con tanta energía, habian labrado tambien en su ánimo, y si ya, cuando príncipe no era Recaredo católico y acaso lo disimuló por no suscitar mas contrariedades á su padre, por lo menos tan pronto como ciñó la diadema (586), disfracó ya poco su tendencia al catolicismo. El suplicio de Sisberto, de aquel capitán de guardias que habia tenido la honra poco envidiable de ser el ejecutor de la muerte de Hermenegildo, fuese ó no Sisberto conspirador contra el nuevo monarca, mostró ya bien claramente que no era el arrianismo lo que Recaredo favorecia. Pero bastante ilustrado y discreto para conocer que el cambio de religion en un Estado, por mas dispuestos que parezca hallarse á él los pueblos, puede fácilmente producir alteraciones y disturbios, condujose con circunspeccion y prudencia, y dióse tiempo para sondear antes la opinion del clero y de las poblaciones.

A los diez meses de reinado, creyó ya estar seguro de que seria bien recibido en la nacion el cambio que meditaba, anuncia pública y formalmente Recaredo que abraza la fe católica, tal como está contenida en el símbolo de Nicea, repone en sus iglesias á los obispos desterrados por Leovigildo, erige y dota monasterios, y sin valerse de la soberania para mandar, emplea solo la exhortacion con sus súbditos, españoles, godos y suevos, para que se conviertan como él al catolicismo (1).

Hiciéronlo así la mayor parte de los arrianos, pero algunos, mas pertinaces, y principalmente aquellos prelados á quienes

(1) *Ratione potius quam imperio converti ad catholicam fidem fecit.* Viclarens. Chron.

Leovigildo habia colocado en las sillas de que expulsara á los obispos católicos y á quienes el nuevo monarca reponia, comenzaron á tramar contra él conjuraciones, así en España como en la Galia gótica. Aquí era Sunna, el obispo arriano de Mérida, que con los condes Segga y Viterico atentaban contra la vida del respetable Mausona, metropolitano católico de la misma silla desterrado por Leovigildo, y del duque Claudio, gobernador de Lusitania. Allí era el obispo arriano de Narbona Athaloco, á quien llamaban Arrio por su exaltacion y fogosidad en sostener las doctrinas del heresiarca, y que en union con otros dos condes ofrecia á Gontran la Septimania siempre que con sus tropas auxiliara la rebelion. Descubierta por el mismo Viterico la conjuracion de Mérida, desterrado el obispo Sunna, y trasportado el conde Segga á Galicia después de haberle cortado las manos, otra conspiracion se fraguó dentro del palacio mismo, que hubiera sido mas peligrosa y temible si por fortuna no se hubiera frustrado tambien. Otro obispo arriano nombrado Uldila, de concierto con la reina Gosuinda, la viuda de los dos reyes Atanagildo y Leovigildo, de cuyo furor por el arrianismo tenia la familia real tan tristes pruebas, enderezaban sus planes, ya no solo contra la doctrina ortodoxa, sino tambien contra la vida del monarca. Sabida por el rey esta conjura, el obispo salió desterrado de España, y la muerte que en aquella sazón sobrevino á Gosuinda ahorró á Recaredo el trabajo de discurrir el castigo que impondría á la viuda de su padre. ¡Nos maravillaremos de que á vista de tan repetidas conspiraciones se pusiera Recaredo en la necesidad de aparecer intolerante mandando recoger todos los escritos de los arrianos y entregarlos al fuego para que no quedara rasgo escrito de aquella doctrina?

Y todavia no cesaron las conjuraciones. Al año siguiente un duque de provincia, llamado Argimundo, perteneciente al oficio palatino, conspiró simultáneamente contra la vida del rey y contra el trono de que pretendia apoderarse. Los cómplices de esta maquinacion, tambien oportunamente descubierta, pagaron con la vida el atentado. Su jefe Argimundo, que aspiraba á ceñir la corona, sufrió la afrenta ignominiosa de ser paseado por las calles de Toledo, sentado sobre un jumento, con el cabello rapado y cortada la mano derecha, expuesto á la burla y escarnio de la plebe, después de lo cual se le condenó á muerte (2).

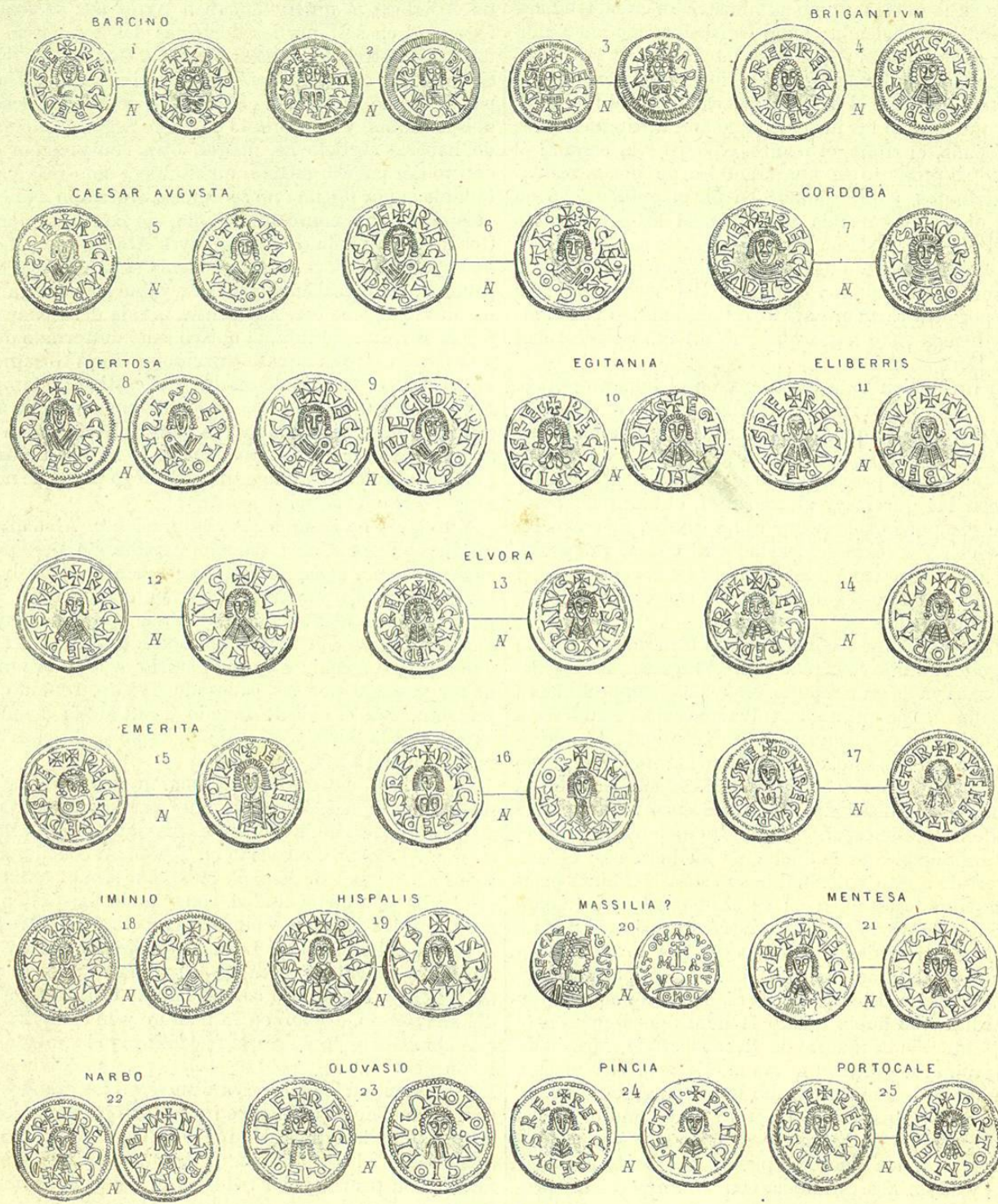
La novedad del cambio de religion en el monarca y en el pueblo era demasiado importante para que Recaredo dejara de solemnizarla de la manera digna que tan gran negocio requería. Al efecto, convocado en Toledo un concilio general de todos los obispos de España (589), que era el tercero que se celebraba en aquella ciudad, congregados hasta el número de sesenta y dos prelados y cinco metropolitanos, entre los cuales se hallaba el esclarecido Leandro de Sevilla, alma y lumbrera de aquel concilio, presentóse el monarca ante la venerable asamblea; y renovando solemnemente el acta de abjuracion del arrianismo, declaró en su nombre y en el de la reina Bada que abrazaba y profesaba la fe católica y el símbolo de Nicea, reconociendo la igualdad de las tres personas divinas. Exhorta seguidamente á los obispos arrianos y á los grandes que asistian al concilio á que sigan é imiten su ejemplo en obsequio á la unidad de la Iglesia. Un prelado pregunta en su nombre si se adhieren á los sentimientos del monarca, y como por una inspiracion providencial todos suscriben á la profesion de fe de Recaredo, el cual entrega por su mano á los obispos el *tono régio*, que contenia los puntos relativos al buen orden y disciplina de la Iglesia de que el concilio se habia después de ocupar.

Así quedó la religion católica solemnemente proclamada la religion del Estado en España. Así triunfó el principio religioso, el emblema de la civilizacion que se habia anunciado en Judea, que habia subido al trono de los Césares con Constantino, y que depurado de la herejía después de algunos siglos de controversia y de lucha, se asentó puro y sin mancha en el trono español, esperamos que para no descender de él jamás. «Si los monarcas españoles, dijimos en nuestro discurso

(2) Juan de Vielara, que termina su crónica con la relacion de este suceso.

preliminar, se decoran hoy con el título de *Majestades católicas*, la historia nos enseña su origen, y nos lleva á buscarle en Recaredo. » Celebróse tan fausto acontecimiento con demostraciones públicas de alegría en toda España, y Roma saltó de regocijo. Interesantes son las cartas que con tan feliz motivo dirigió el papa San Gregorio el Grande, ya al monarca español, ya al ilustre prelado de Sevilla San Leandro. «¿Qué

diré en el juicio final, le decía á Recaredo, cuando me presente con las manos vacías, y vos vayais seguido de rebaños de fieles cuyas almas habeis ganado á la fe con solo el imperio de la persuasión? Cargo terrible, que acusará la tibieza y ociosidad del gran pastor de los fieles, cuando se vea las santas fatigas de los reyes cristianos para la conversion de las almas (1). » Y enviéle con esta carta, en retorno de los presentes que de él



RECAREDO I

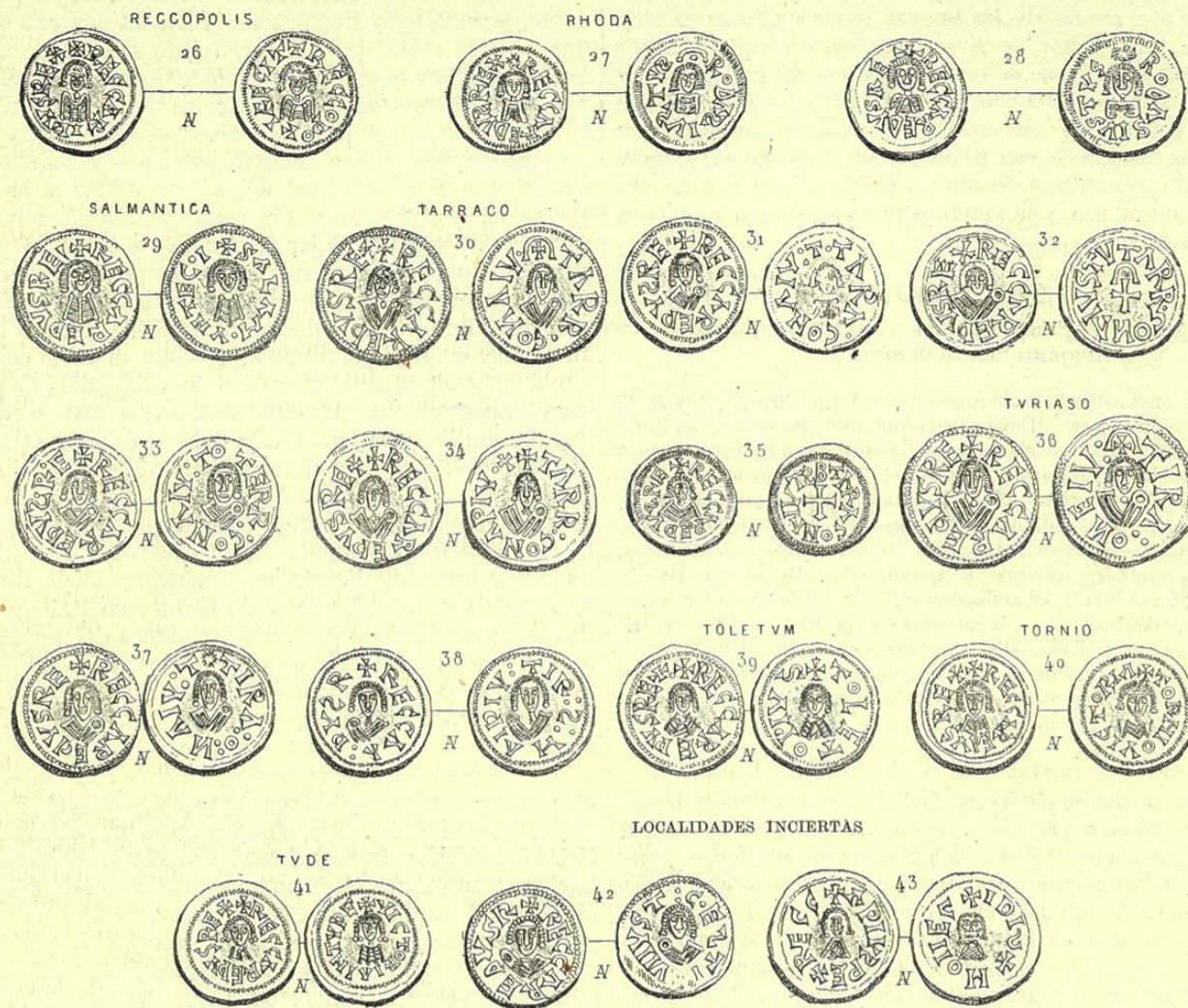
habia recibido, un fragmento de la verdadera cruz, algunos cabellos de San Juan Bautista, y dos llaves, la una tocada en el cuerpo del apóstol San Pedro, la otra en que habian entrado limaduras de las cadenas con que el santo habia estado aprisionado. Pero los negocios de la religion no habian estorbado á Recaredo atender á los de la guerra. Moviasela en la Galia gótica el implacable Gontran, único de los reyes francos que se habia negado á toda proposicion de alianza ni de paz con el monarca visigodo despues de su conversion al catolicismo. Habiendo Recaredo pedido en matrimonio á Clodosuinda, hermana de Childeberto (con quien parece no llegó al fin á casarse), otorgábasele la mano de la princesa franca con tal que Gontran

diera su consentimiento. «¿Cómo quereis, contestó el vengativo rey de Borgoña á los enviados de Recaredo, que yo fie en vuestras promesas cuando mi sobrina Ingunda se vió en una prision, y vuestra perfidia la hizo morir en un destierro mientras su marido caia bajo el hacha del verdugo? Andad, y decid á vuestro señor, que no recibiré de él embajada alguna. Dios me ordena vengar á Ingunda, y obedeceré á Dios (2). » Así el obispo arriano de Narbona le encontró dispuesto á auxiliar la rebelion de la Septimania, y el conde Desiderio fué enviado por Gontran con un cuerpo de tropas para apoyar la subleva-

(1) Greg. Mag. lib. VIII, ep. 128.
(2) Id lib. IX.

cion del fogoso y ambicioso prelado. Derrotados los rebeldes por el ejército de Recaredo, esperaba el monarca visigodo que el obstinado Gontran se determinaria á aceptar la paz que otra vez le propuso: pero el odio inveterado de Gontran al soberano español pudo en su ánimo mas que su conveniencia propia, y volvió á rechazarle con cólera y enojo. Antes haciendo un llamamiento general á todos los hombres de armas de su reino, resolvió en su soberbia despojar á Recaredo de la Septimania: sesenta mil hombres al mando de Boson penetraron en la bella provincia del dominio gótico. Contra tan formidable fuerza envió Recaredo al duque Claudio, gobernador

de la Lusitania. Condújose el experimentado general español en esta campaña con tal destreza y valentia, que habiendo atraído al numeroso ejército franco á un estrecho y montuoso valle, donde tenia emboscado un escaso pero escogido cuerpo de godos, imposibilitadas las masas enemigas de revolverse y evolucionar en aquella estrechura, ejecutaron en ella los godos tan espantosa carnicería, que el triunfo de Claudio en aquella ocasion se cuenta por el mayor que habian alcanzado los godos desde la famosa batalla de los campos Cataláunicos. «Jamás, dice San Isidoro, dieron los godos en España batalla mayor ni aun semejante (1). » Las crónicas cristianas suponen



RECAREDO I

que los soldados de Claudio no pasaban de trescientos, y atribuyen á milagro tan señalada victoria. De todos modos fué portentoso el triunfo, y tan eficaz, que ni Gontran con todo su encono, ni los demás reyes francos, se atrevieron á inquietar á los godos en la posesion de la Septimania.

En cuanto á los griegos imperiales de la Bética, tuvo tambien Recaredo que combatirlos para reprimir sus incursiones. Pero queriendo respetar las posesiones que obtuvieron legítimamente en virtud del tratado entre Justiniano y Atanagildo y habiendo este perecido en el incendio de los archivos de Constantinopla, encargóse el papa Gregorio Magno de negociar con el emperador Mauricio otro tratado, por el que se inhibia á los bizantinos toda conquista en el interior de España, asegurándoles sus primitivas posesiones del litoral. Así quedaron todavia apegados á la costa de España aquellos extranjeros tan indiscretamente traídos.

Invirtió Recaredo los años siguientes de su reinado en promover la unidad nacional y la felicidad interior de su pueblo. Habiendo ya reunido á todos sus súbditos, godos, suevos, galos y romano-hispanos, bajo una fe, y establecido la unidad del principio religioso, quiso tambien igualarlos en los derechos civiles, sometiéndolos á todos á una misma legislacion. Si no abolió el Breviario de Alarico, hizo por lo menos muchas leyes que mandó fuesen obligatorias indistintamente

para los pueblos, echando de este modo los cimientos de la unidad política sobre la base de la unidad religiosa, que eran los dos principios de que habia de partir la civilizacion moderna. Mostrando en todo su tendencia hácia las tradiciones del imperio, la lengua latina fué reemplazando en los actos públicos, en el servicio divino, y hasta en la vida privada á la lengua gótica; los empleos de la corte tomaron títulos latinos, y comenzando á fundirse en una sola las dos razas hasta entonces separadas por la religion y las leyes, fueron perdiendo tambien su tinte nativo las costumbres góticas. Llevando al extremo la imitacion de los Césares de Oriente, tomó el título bizantino de *Flavio*, que adoptaron tambien sus sucesores, á estilo de los reyes ostrogodos y lombardos.

Fué Recaredo el primer rey godo que se hizo ungir con el óleo santo por la mano de los obispos en la iglesia metropolitana de Toledo. De su tiempo data la importancia de los célebres concilios de aquella ciudad, y la influencia y preponderancia del clero, no ya solo en los negocios eclesiásticos sino tambien en los políticos y de Estado.

Murió este gran príncipe cuando se hallaba consagrado á la revision y reforma de las leyes eclesiásticas y civiles, en

(1) *Nulla unquam in Hispaniis Gothorum vel major vel similis extitit.* Isidor. Hist. Goth.